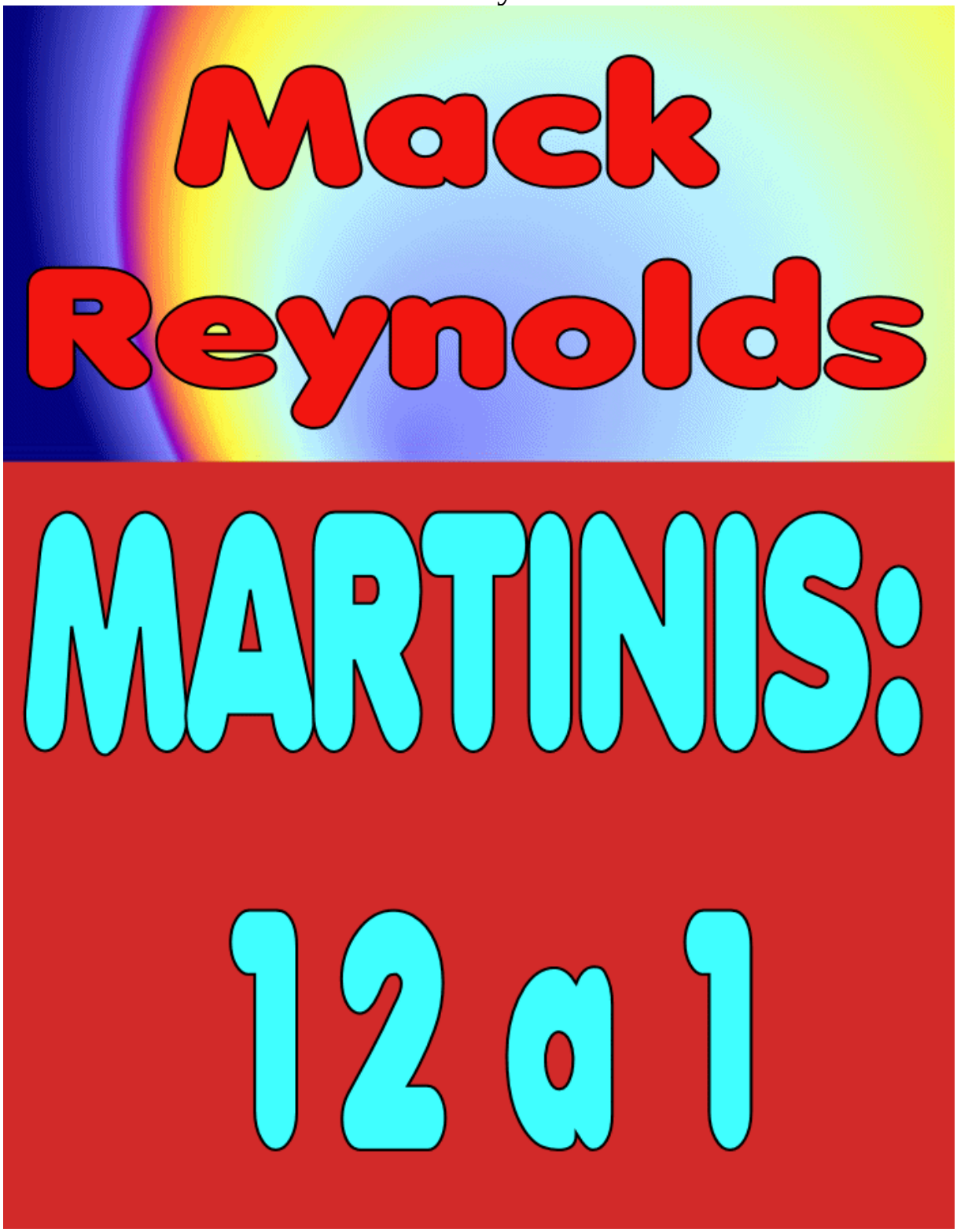
MARTINIS: 12 a 1
Mack Reynolds



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

–Aquí tenemos una mesa con trece martinis –dijo el demonio–. Y ahora en uno de ellos añado unas gotas de esta redoma.

–¿Qué es?

–Veneno. Y ahora cambio los vasos de sitio. Ya no puedes recordar en qué vaso he vaciado la redoma, ¿verdad?

–¿Qué te propones, amigo?

–La propuesta –respondió el demonio– es sencilla. Coge un vaso y apúralo. Por el primero que tomes te daré exactamente cien dólares.

Alan Sheriff meneó la cabeza, intentando despejar su cerebro.

–Hace un momento has dicho que ponías veneno…

–En un vaso. Hay trece, en total. Escoge uno, bebe el martini y te entregaré cien dólares. Si quieres volver a probar, recibirás doscientos dólares, luego cuatrocientos… y así sucesivamente. Si pierdes, pagarás con la vida… y con tu alma.

Alan tardó unos instantes en asimilar estas palabras.

–Veamos la pasta –murmuró.

El demonio sacó una cartera y eligió un billete que dejó en la mesa, y miró a su interlocutor con cierta ansiedad.

–Bien, no tengo nada que perder –profirió Alan con voz ronca.

Cogió el vaso más cercano, pescó la aceituna y la dejó a un lado.

El demonio sonrió cortésmente.

–¡Hasta la última gota! –exclamó Alan, tragándose el líquido con la práctica del bebedor.

Dejó el vaso y se tambaleó silenciosamente.

–No está mal –comentó–. Lo necesitaba.

–Tuyos son los cien dólares. ¿Por qué no pruebas a ganar los doscientos?

Alan miró el billete.

–Es bueno, ¿eh?

–Claro –repuso el demonio, encogiéndose de hombros con impaciencia.

–Supongo que podría preguntarte qué fin persigues –musitó el bebedor– pero no importa. Hasta la vista, imbécil.

–Alan Sheriff, mañana volverás»

Hubo una llamada a la puerta.

–Adelante –invitó el demonio.

Alan Sheriff cruzó el umbral, cerrando la puerta a sus espaldas. Sus ojos enrojecidos recorrieron la desnuda habitación del hotel. Luego, se sintieron como imantados por la mesita. Encima se veían doce vasos altos, con cubos de hielo.

–Anoche estaba bebido… –empezó Alan.

–Anteanoche –le corrigió el demonio.

–…Pero no tan bebido. No lo soñé, especialmente los cien pavos.

–Que supongo ya habrán desaparecido –sonrió el demonio–. ¿Quieres volver a probar?

–¿Por qué me diste los cien machacantes? Oye, ¿no tienes ninguna bebida aquí?

El otro se sentó en la única butaca del cuarto y juntó las yemas de los dedos.

–Ganaste los cien dólares en una apuesta. En cuanto a bebidas, creo que sólo tengo éstas.

Indicó la mesa con sus doce vasos.

Los ojos de Alan fueron del demonio a la mesa, y volvieron a fijarse en aquél. No se había afeitado desde la vez anterior, y exudaba la palidez y el olor de varias semanas de tomar alcohol.

–No me acuerdo mucho –tartamudeó.

–En resumen –explicó el demonio–, represento unos intereses que desean tu alma inmortal.

Repitió la proposición de la otra noche, mientras Alan le contemplaba fijamente. Cuando hubo terminado, los ojos del visitante volvieron a posarse en la mesa con sus doce vasos.

–Veamos tu dinero –pidió, aún incrédulo.

El demonio sacó su cartera y extrajo dos billetes.

Alan se acercó a la mesa y cogió un vaso.

–*¡Prosit!* –brindó gruñendo. Se tragó el martini. Hizo una pausa y exclamó con satisfacción–: ¡Otro bueno!

El demonio se encogió de hombros.

–Si tomo otro, ¿cuánto me darás? –quiso saber Alan.

–Cuatrocientos dólares. ¿Quieres volver a probar?

–Quedan once vasos y sólo uno contiene veneno, ¿eh?

–Correcto. La suerte aún está contigo.

Alan sonrió torvamente, dejando al descubierto dos dientes rotos.

–La mejor oportunidad que he tenido nunca.

Rápidamente cogió otro vaso, lo sostuvo un momento en la mano y lo apuró con la misma presteza que el anterior.

–Cuatrocientos más –exigió.

Los recibió.

–¿Quieres ahora ochocientos? –le tentó el demonio.

–No, hasta que haya gastado éstos –rechazó Alan–. Entonces volveré, imbécil.

Levantó los seiscientos dólares ganados, los miró con incredulidad, los arrugó en su puño y salió de la habitación.

El demonio le siguió con la mirada.

–Ochocientos esta vez –dijo el demonio, con la suma ya en su mano–, y las probabilidades son de uno a diez.

–¡Por la gloria! –brindó Alan Sheriff.

Cuando Alan volvió, cuatro días más tarde, bañado, ataviado con un traje de lanilla, tras haber ido al dentista, el temblor de sus manos era casi imperceptible.

–Estás sereno –observó el demonio.

Alan le miró. El otro era de estatura mediana y vestía de manera conservadora.

–No pareces un diablo –comentó Alan»

–¿Cómo debería ser mi aspecto?

–Oye –rezongó Alan–, estoy sereno, pero esto es sólo temporal. El tiempo suficiente para saber cuál es tu juego. ¿Por qué me regalas ese dinero?

El demonio volvió a explicar cuál era la apuesta.

–Mi alma, ¿eh? –murmuró Alan, pensativamente–. A decir verdad, no creo que exista ninguna.

–Es algo que se ha discutido mucho –admitió el demonio.

–Lo que no comprendo –continuó Alan Sheriff–, es por qué te tomas tantas molestias. Tú me escogiste de la alcantarilla... Y deseas mi... alma...

–Subestimas los esfuerzos de nuestra oposición –suspiró el demonio–. Debes comprender que nuestra victoria nunca se halla completamente asegurada hasta el último segundo de vida. Diez minutos después de abordarte, podías haberte reformado.

Torció los labios sardónicamente.

–Sigo sin entenderlo –movió Alan la cabeza–. No entiendo este sistema... de conseguir mi alma.

El demonio, que estaba sentado en la única butaca, se encogió de hombros.

–Cada persona se ve enfrentada, en un momento, con una decisión. La mayoría, lo admito, no de manera tan directa.

–Pero tanta pasta por el alma de un desgraciado... Ya he ganado mil quinientos dólares, y la próxima vez puedo doblarlos.

–La siguiente prueba –convino el demonio– puedes ganar mil seiscientos. Pero esta cantidad carece de significado. El... ah... beneficio no puede calcularse en dinero. Uno de nuestros especímenes más valiosos costó treinta monedas de plata –añadió distraídamente–. En aquel caso particular, él ignoraba que estaba vendiendo su alma.

Alan Sheriff contempló la mesita. Quedaban nueve vasos.

–Por mil seiscientos machacantes, ¿eh?

El demonio asintió, relucientes sus ojillos.

Alan alargó la mano, cogió un vaso y lo acercó a sus labios. Sus ojos se fijaron en el demonio.

Este sonrió.

Alan dejó el vaso y cogió otro. Lo sostuvo un momento. El demonio continuaba sonriendo.

Alan apretó los labios.

–¡Salud! –brindó, tragándose el combinado.

Cerró los ojos y esperó. Cuando volvió a abrirlos, el demonio le entregaba ya un fajo de billetes.

–¿Estarás aún aquí a finales de semana? –inquirió Alan.

–Para ti siempre estaré aquí, de día y de noche. Aún quedan ocho vasos. La siguiente apuesta será de tres mil doscientos dólares.

–Me rendí hace dos semanas –declaró Alan Sheriff–. Montones de pasta para licor, buena comida, juego... Todo esto es agradable, pero no me hace cambiar de idea respecto a la vida. Cuando haya gastado todo esto, volveré.

–Un excelente criterio –alabó el demonio–. Hasta la vista.

–¿Tan pronto? –sorprendióse el demonio–. Sin embargo, la apuesta es ahora de tres mil doscientos.

–Esta es la última vez –anunció Alan. –¿Ah…?

–Esta vez emplearé la pasta en comenzar de nuevo. Buscaré trabajo.

–Un motivo admirable, y lo entiendo… desde el punto de vista humano. Sin embargo, ya veremos –el demonio cambió de tema–. Si interpreto correctamente las leyes de las probabilidades, ésta es la prueba crucial.

–¿Cómo? –los ojos de Alan fueron de los vasos a su interlocutor.

–Cuando empezamos, había trece vasos, uno de ellos con veneno. Sin embargo, ahora casi sólo quedan la mitad y tu buena suerte no durará siempre. Por tanto, de acuerdo con las probabilidades, ahora has de perder.

–Cada vez es una ocasión separada –Alan sacudió la cabeza negativamente–. Uno no consume la suerte. Las probabilidades siguen siendo tan buenas como antes, pues todavía son de siete a una a mi favor.

–Está bien, veamos.

Alan Sheriff, sudada la frente, cogió lentamente un martini.

–¡Por ti! –brindó.

El demonio abrió la puerta y sonrió al visitante.

–¡Alan Sheriff! Creí que la anterior había sido tu última visita.

–No he venido por mí –masculló Alan–, sino por otra persona.

–¿Otra persona? –repitió el demonio–. No entiendo.

–Una chica –rezongó Alan–. No es asunto tuyo. No me habrías vuelto a ver de no ser por Muriel. Necesita cinco mil pavos; facturas de médico, hospital… para su madre. No importa. Lo que importa es que voy a beber otro combinado.

El demonio se pellizcó los labios pensativamente.

–No sé…

–Maldición, ¿qué importa el motivo por el que deseo el dinero?

–Hum… Me molesta el motivo. Hace varios siglos, un caso semejante dio lugar a una *cause célebre.* Un tipo llamado Johann Faust. Un asunto que dio lugar a la intervención de… una autoridad más elevada. Aquí tienes siete vasos, y las probabilidades son de seis a una, con la recompensa de seis mil cuatrocientos dólares.

Alan cogió un vaso al azar y brindó desafiante:

–¡Por las mujeres!

–Muy sentimental –comentó el demonio.

Alan Sheriff aporreó la puerta y, antes de que fuera abierta, volvió a golpearla.

Abrió el demonio, con cara inquisitiva.

–Ah, nuestro Alan Sheriff.

El joven se tambaleó hacia la mesa. Los vasos de martini estaban igual que antes, sólo había seis. Parecían helados, refrescantes como la primera vez que los había visto, unos meses atrás.

–¿Cuál es ahora la recompensa? –preguntó, balbuceando.

–Doce mil ochocientos contra tu vida y tu alma –respondió untuosamente el demonio.

–De acuerdo. ¡Ahí va! –brindó Alan.

«Volví a ganar –se burló Alan–. Dame la pasta. He de ir a ver a un tipo listo. Le enseñaré lo que un individuo como yo, con pasta, puede hacer con una chica –el alcohol ponía trabas a su lengua–. ¿Cuál podría ser un buen regalo para Muriel? Ah, enseñarle también lo que un tipo como yo puede hacer por su dama.

El demonio se pasó pensativamente la uña del pulgar por su recortado bigote.

–Creo que el armiño es lo más acertado –murmuró.

–¡Ah! exclamó el demonio–. Ya estás aquí de nuevo.

Alan Sheriff paseó la vista por la habitación, igual que la última vez que la había visto, excepto que en la mesa sólo había cinco vasos. Se preguntó vagamente qué había sido de los ocho que ya había vaciado.

–Cada vez que vengo –musitó–, he de convencerme a mí mismo de que todo esto es verdad.

–¿De veras? Si mal no recuerdo, la última vez estabas enredado en una situación romántica. ¿Seguiste mi consejo respecto al armiño?

Alan estaba mirando fascinado los vasos.

–¿Qué? Oh, sí. Aquel chico listo, su novio, pretendía vencerme –rió trabajosamente–. Pero yo me llevé a Muriel una semana a Miami. ¡Vaya lugar!

–¿Verdad? ¿Y dónde está ahora Muriel?

Alan ya estaba harto de aquel tema.

–Por ahí. Por fin me puso nervioso. ¿Cuál es ahora el premio? Creo que pondré un restaurante, con mi hermano menor, que necesita pasta para establecerse.

–Veinticinco mil seiscientos –respondió el demonio secamente.

–Bien... ¡porque se te llenen los ojos de barro! –fue el brindis de Alan Sheriff.

–Cincuenta y un mil doscientos –calculó el demonio–. ¿No prosperó el negocio?

–Mi hermano no comprendió que cada negocio tiene varios ángulos a considerar. Para mí, es demasiado lento. Necesitamos este dinero para instalar un bar, con algunas mesas, y unas máquinas al fondo, y tal vez algunas habitaciones arriba donde un chico pueda estar con una dama, o dar una fiesta de grifa.

–Sólo quedan cuatro vasos –señaló el demonio.

–Skoal!

El demonio abrió la puerta al oír la llamada y dejó entrar al hombre de rostro grasiento.

–Ha pasado mucho tiempo... –comentó.

–Sí –asintió Alan Sheriff. Miró a su alrededor–. Pero tú no has cambiado. Ni la habitación. Aún no estoy seguro de hallarme aquí.

–Algunas cosas son inmutables –sentenció el demonio.

–Quedan tres vasos, ¿eh? Realmente, he tenido demasiada suerte. ¿Cuál es ahora la apuesta?

–Podrías ganar ciento dos mil cuatrocientos dólares, amigo mío.

–Dos probabilidades entre tres. Aún es un buen promedio, y como estoy metiéndome en terreno nuevo para mí, necesito la pasta.

Contempló los tres vasos iguales, con la misma apariencia de frescor.

–¿Qué tal está tu hermano?

–¿Bill? ¡Al infierno con él! Tuve que echarle a la calle. Demasiado remilgado para aquel negocio. Ah, actualmente –se ufanó–, soy ya alguien en los negocios del hampa.

–Ya entiendo.

Alan cogió un vaso, y miró a su contrincante por encima del borde.

–Bien –exclamó–. ¡El primero del día con esta mano!

Se lo tragó de golpe. Aguardó un momento y aceptó el dinero, que se metió en el bolsillo del abrigo, saliendo de la estancia sin mirar hacia atrás.

La llamada a la puerta fue rápida, ansiosa.

–¿Sí? –preguntó el demonio, abriendo.

Alan entró apresuradamente y miró en torno suyo.

–¿Estoy seguro aquí?

–¡Caramba, Alan Sheriff! –rió el demonio.

–Me persiguen… La poli…

–Ah…

Los ojos de Alan se dirigieron a la mesita.

–Quedan dos vasos –musitó–. Podría contratar a Liber como abogado, untar algunas manos… Con un poco más de doscientas sábanas podría librarme de este embrollo, o largarme a México, y vivir allí el resto de mis días.

–Ya está hecho –asintió el demonio.

–Un cincuenta por ciento de probabilidades –Alan llegó a una súbita decisión.

Cogió un vaso de la mesa.

–¡Salute! –brindó, apurando el martini.

Aguardó, con el rostro muy pálido. No ocurrió nada.

Volvióse hacia el demonio. –Dame el dinero –pidió, triunfante–. ¿Sabes una cosa, imbécil? Lo dijiste una vez: «Nunca es tarde para cambiar». Te he vencido en toda la línea, pero yo sé cuándo he tentado demasiado a la suerte. Cuando salga de este lío, andaré derecho.

–Lo dudo –murmuró el demonio.

–Sí lo haré, estúpido. Has perdido a tu tonto.

–Sugiero que te tomes el otro martini –asintió el demonio.

Alan le miró fijamente.

–¿El del veneno? No estoy loco.

–Sugiero que cojas el decimotercer vaso, Alan Sheriff, ya que podría ayudarte en las tribulaciones que te esperan. Al fin y al cabo, es la mejor combinación de vermut y ginebra que podrías conseguir.

Alan sonrió desdeñosamente.

–Dame la pasta, imbécil. Me largo.

–¿Qué te hizo pensar –preguntó el demonio– que se trataba de un veneno rápido?

Alan Sheriff parpadeó.

–¿Cómo?

–No recuerdo haberte dicho que la muerte sería instantánea después de escoger el vaso envenenado.

–Yo... no lo cogí... Bueno, no entendí tus palabras y...

–Claro que las entendiste –replicó el demonio suavemente–. El veneno era incoloro e inodoro, y lo bebiste en la octava prueba. Desde entonces, tu vida y tu alma han sido mías y podía llevármelas a voluntad. Si no lo he hecho antes ha sido por un capricho mío... en realidad, un negocio excelente. Seguro que en los últimos años has hecho más por la... ah... *causa* a la que sirvo, que si me hubiese cobrado la apuesta al momento.

Tras un largo instante, Alan Sheriff cogió el último vaso.

–Quizá tengas razón. Quizá necesite este trago, y los martinis son excelentes...

»*¡Uno para el camino!* –brindó con fingida valentía.

–*¡Abajo contigo!* –le corrigió el demonio.

Librodot